



CONFESIONES DE UN PADRE SIN VOCACIÓN

JOSÉ MARÍA CONTRERAS ESPUNY







JOSÉ MARÍA CONTRERAS ESPUNY

**CONFESIONES DE UN PADRE
SIN VOCACIÓN**





BIBLIOTHECAHOMOLEGENS

© José María Contreras Espuny, 2018
© Homo Legens, 2018
Calle Monasterio de las Batuecas, 21
28049 Madrid
www.homolegens.com

Colección dirigida por Kiko Méndez-Monasterio

ISBN: 978-84-17407-38-4
Depósito legal: M-32238-2018

Impreso en España - Printed in Spain

Maquetación: Signo Comunicación Consultores SLU

Todos los derechos reservados.

Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin permiso previo y por escrito del editor.





A mis padres, a mis hijos
y a la madre que los parió.







La vocación es enamorarse perdidamente de tu destino.
Palomas y serpientes, Enrique García-Máiquez.

Ahora sí te comprendo.
Ahora estoy jugando
En tu terreno.

Es la historia de siempre.
Ahora será mi hijo
El que te vengue.
“Padres e hijos”, Javier Salvago.



Cósimo aún estaba en la edad en que las ganas de contar dan ganas de vivir, y se cree que no se ha vivido lo suficiente para contarlo, y así se marchaba de caza, estaba fuera semanas, luego volvía a los árboles de la plaza sosteniendo por la cola garduñas, tejones y zorros, y contaba a los ombrosenses nuevas historias que de verdaderas, contándolas, se volvían inventadas, y de inventadas, verdaderas.

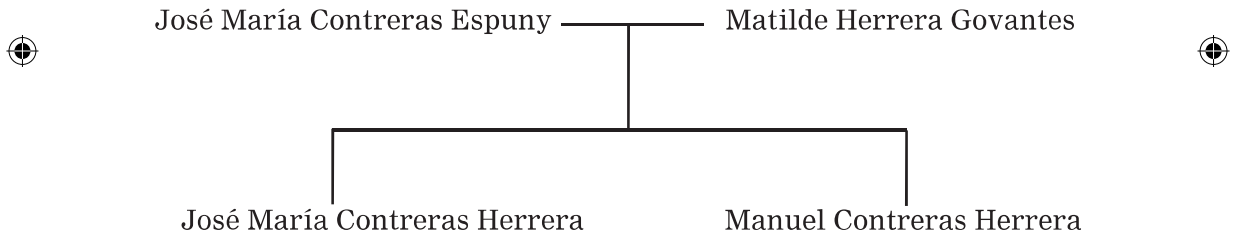
El barón rampante, Italo Calvino







Árbol genealógico







ÍNDICE

Un padre sin vocación	17
Nacer no basta.....	27
Igualito	41
Sire.....	45
Gotitas	47
Quiéreme	51
Primera estampa adánica.....	59
Buenos días, estómago.....	61
Tá	69
Segunda estampa adánica.....	77
Boicot.....	79
Hipocresía prematura.....	85
Un cacho de carne bautizado	91
El padre demediado.....	99
Tercera estampa adánica.....	103



Cherchez la femme	107
Cuarta estampa adánica	115
Así no vi nacer a Manuel	119
Grima.....	129
El universo tirita	133
Cuarentenas	137
Quinta estampa adánica	143
Bucalidades	147
El acabamiento.....	151
Sexta estampa adánica.....	157
Ankole-Watusi, antes vaca	159
Año nuevo, vida vieja	163
El sabio y quede usted con Dios	167









UN PADRE SIN VOCACIÓN

Era un mozo y ya tenía una idea poco favorecedora sobre el hecho de ser padre. Ver a un hombre, rotundo como una muralla, guerrear lastimosamente con el maletero para que se trague un número de maletas que a María Antonieta le parecería injustificado, además de dos sillitas de paseo curtidas, otras dos menos prácticas pero más emperifolladas por si visitan a una tía que tiene una filosofía muy precisa sobre cómo hay que orear a los niños, una bañera grande, otra mediana, otra pequeña... verlo luego penetrar como un supositorio en ese montículo de futilidad para dar con un chupe imprescindible, darse un coscorrón con la trona despiezada, alcanzar el chupe, sacarlo y comprobar que está pegajoso y cubierto de pelusas, meditar, dudar, cobardear, subir atropelladamente las escaleras dejando el coche en medio de la calle, buscar una cacerola, llenarla de agua templada para que tarde menos en hervir, que hierva, quemarse al sacar el chupe, volver a bajar, entrar en el coche, embragar, meter primera y subir el volumen para



UN PADRE SIN VOCACIÓN

que los niños, al escuchar “yo conozco una vecina que ha comprado una gallina que parece una sardina enlataaaaa-daaaa”, olviden, durante dos minutos mal contados, su tendencia al chillido, meter segunda, bufar, que le insinúen que necesitan un coche más grande porque siete plazas son pocas, callar sabiendo que si el coche fuera de catorce, el problema sería el mismo.

Ver lances así durante mi soltería fue, por decirlo en una palabra, disuadiéndome. Por tanto, la pregunta sería cómo he llegado a esto si tan claro lo tenía y de tan lejos lo vi venir. Difícil decirlo, sobre todo cuando también he sido inmune a cualquier tipo de instinto paterno: siempre me vi libre del afán de completitud que empuja a tener hijos. No creo que la vida de un adulto esté incompleta sin perpetuarse; al revés: tener hijos te divide, te fragmenta, te desgaja, te posterga. Te regala un palacio de infinitas habitaciones para, acto seguido, ponerte en la obligación de amueblarlo. Y uno no lo amuebla risueño, cantando tonadillas por lo bajini y agradeciendo a Dios el don de los hijos, sino sulfurándose por minutos, con los átomos tirantes y a un grado de la ebullición.

Tampoco me animó a ser padre el ejemplo del mío, a quien la paternidad le costó la vida. Es cierto que aún se le puede ver por las calles de Osuna haciendo el macarra con la moto, que sigue remendando retinas, estrujando olivos y cortando jamón cuando le asalta su ya dispersa prole. Sin embargo, según él mismo afirma, no es el doctor Contreras quien realiza tales cosas, sino su cáscara, una vaina de lo que fue. Su sustancia, su verdadera materia, se consumió en el periplo de criar a nueve hijos que, como un martirio chino –no bien le había caído uno en la frente





CONFESIONES DE UN PADRE SIN VOCACIÓN

cuando otrorse iba conformando—, dislocaron su sueño y carcomieron su cordura.

Y todo porque, allá en su verdor, a mis padres les aseguraron que la única forma de salvar la vida era dilapidándola. Reflexionaron entonces y se dijeron que aquello, amén de paradójico, era verdad, y al ser verdad, no debía ser tomado con tibieza, y al desterrar la tibieza, los niños empezaron a brotar con una liberalidad preocupante. Yo fui el tercero y aún habrían de venir seis.

A la sombra de estos antecedentes, me paré a pensar. Por una parte quería casarme, por todas las demás no. ¿Por qué? Pues porque mis deseos de procrear estaban hasta tal punto escondidos, que a efectos prácticos no existían; y porque no se me ocultaba que, según las católicas maneras, el altar es la antesala de los hijos; y, por último, porque bastaba con echar la vista atrás para descartar cualquier esperanza en lo que a esterilidad se refiere. Por lo tanto, se puede decir que estaba más cerca de salir corriendo que de contraer matrimonio. Y corriendo hubiera salido de no ser porque entonces, considerando su experiencia y poco edulcorada visión de la vida, me acerqué a la cáscara de mi padre y le pregunté:

—Padre, ¿me caso o no me caso?

—Hagas lo que hagas, hijo mío —contestó—, te vas a equivocar.

Aquello me tranquilizó sobremanera y, en el acto, decidí pedirle matrimonio a Matilde. Aunque casarse era lo último que quería para mi vida, casarse con Matilde me pareció una excepción digna de tenerse en cuenta. Y si de cualquier manera me iba a equivocar, equivocarme con ella no se antojaba enteramente indeseable. Así que,





UN PADRE SIN VOCACIÓN

hechizado y a despecho de abstracciones, puse un pie delante de otro y me encaminé hacia la joyería.

Al llegar al escaparate no titubeé y pasé de largo. Anduve, anduve y anduve un poquito más hasta alcanzar el final del pueblo. A la altura del cementerio no tuve más remedio que pararme porque se acababa la acera. Nadie había en los alrededores salvo un pastor con su rebaño de cabras. Sin embargo, para darle naturalidad al asunto, fingí acordarme repentinamente de algo, chasquéé los dedos, me golpeé la frente y di media vuelta.

No seas cobarde, hombre; ¡a por el anillo!, intenté darme ánimos; pero de regreso las piernas no parecían tan entusiasmadas. Volver a la joyería se demostró un proceso más lento que alejarse de ella. Pasó un generoso cuarto de hora hasta verme de nuevo allí, sólo que en la acera de enfrente, vigilando el establecimiento como si planease un atraco. Pasaba el tiempo y algo había que hacer porque aquí nos conocemos todos, de manera que muchos se paraban para hacerme preguntas del tipo: “¡ey, José María! ¿Qué haces ahí?” Nada, aquí, yo qué sé, fue la más diáfana de mis explicaciones. Con todo, no levanté sospechas porque desde la infancia me acompaña cierta reputación, un acuerdo general en torno a mi alelamiento. Así pues, mis interlocutores consideraron creíble que estuviera allí plantado, haciendo algo que ni siquiera yo mismo sabía precisar. “Es que el Contreras está afaratao perdío”, se dirían al perderme de vista.

Pasaban los minutos y mi convencimiento se resquebrajaba. Había que tomar una determinación y opté por abandonar. Pero cuando ya me iba, inexplicablemente entré. Con la precipitación no reparé en que dentro había una clienta, una clienta a la que, por supuesto, conocía; es

